

Título:

La estrategia de contención estadounidense hacia el poder global chino.

Abstracto:

Los retos que presenta la creciente rivalidad global entre los Estados Unidos de América y la República Popular de China han experimentado un notable incremento. Esta investigación tiene como objetivo el análisis de la evolución de la política exterior de Estados Unidos y China, en el actual contexto de bipolaridad entre ambas potencias, para determinar cuáles son las consecuencias para dichas potencias y para el resto del mundo, con un enfoque regional e interregional. Para ello, se han examinado cómo los gobiernos de Obama, Trump y Biden han abordado la política exterior, cada uno con un enfoque distintivo. Asimismo, se ha analizado la política exterior de China, desde la estrategia de Hu Jintao hasta el cambio de enfoque bajo Xi Jinping, además de, posteriormente, discernir la actuación específica de cada administración estadounidense ante el ascenso de China. El ensayo concluye con una reflexión sobre las perspectivas de futuro de esta relación bilateral, teniendo en cuenta el contexto de las recientes elecciones presidenciales de 2024, evaluando posibles escenarios y estrategias que ambos países podrían seguir, además de los retos y oportunidades que pueden implicar para la estabilidad global.

Índice:

1. Introducción. **HACERLA AL FINAL CUANDO SE HAYA COMPLETADO EL CONTENIDO**

2. Bloque A - Política exterior estadounidense (sin mencionar postura con China). **HECHO**

- 2.1. Obama.
- 2.2. Trump.
- 2.3. Biden.

3. Bloque B - Política exterior China.

- 3.1. Hu Jindao (ocultar el poder hasta que llegue el momento).
- 3.2. Xi Jinping (ha llegado el momento).

4. Bloque C - La mirada de USA hacia el poder Chino. **LIBRO US-China relations.**

- 4.1. El Gobierno de Obama: globalización y cerco en el Pacífico (línea de contención).
- 4.2. El Gobierno de Trump: proteccionismo y enfrentamiento comercial.
- 4.3. Biden: continuismo selectivo y nuevo cerco en el Pacífico.

5. Perspectivas de futuro. Elecciones 2024 y nueva victoria de Trump.

- (https://www.elconfidencial.com/mundo/2024-12-19/pregunta-estrategica-trump-aukus_4026237/)
- Mencionar Trump's executive orders del 20 de enero de 2025 con todas las consecuencias.

6. Conclusiones.

1. Introducción

2. Política exterior estadounidense

2.1. Barack Obama

La victoria del Presidente Barack Hussein Obama en las elecciones presidenciales del año 2008 supuso un cambio notable en la política exterior del país norteamericano. El primer y principal objetivo de Obama, después de acceder a la Casa Blanca, fue el de distanciarse de la política exterior llevada a cabo por su predecesor, el Presidente George W. Bush. El ex-presidente republicano había ejercido una política basada en el unilateralismo, el *hard-power* y el imperialismo estadounidense, lo que supuso que predominaran los conflictos y las guerras durante los ocho años previos. Frente a ello, Obama diseñó un regenerador modelo en el que Estados Unidos fuera una potencia pacífica, de la que “nada habría que temer”, y propuso una política exterior protagonizada por el multilateralismo, enmarcada en el constructivismo y las ideas, y con ello, alejada del realismo, potenciando la diplomacia, la colaboración y el diálogo como formas para dirimir y resolver todos aquellos conflictos internacionales en los que Estados Unidos estaba, y pudiera verse, enmarcado.

En su carrera como político previa a su victoria en las elecciones presidenciales del año 2008, Obama no había destacado especialmente por sus posturas y pronunciamientos en el ámbito de la política exterior y la seguridad, centrándose especialmente en políticas contra la discriminación racial y la inmigración, marcadas principalmente por su origen afro-americano por parte de madre norteamericana (de ascendencia inglesa) y padre keniano, además de políticas para mejorar la sanidad y el acceso a la educación de aquellos sectores de la sociedad más desfavorecidos. No obstante, siempre quedó constancia de su oposición a la invasión de Irak, como así lo demuestran sus palabras en una manifestación contra la guerra en el año 2002, en la que expresó que “no se oponía a cualquier guerra, sino a las guerras que no tenían sentido”, argumentando que “Saddam Hussein, con todas sus terribles características, no significaba una amenaza estratégica contra los intereses americanos” y que, por ello, se oponía a un conflicto bélico del que se desconocía su “duración, coste o consecuencias” (Rupérez, 2013). Posteriormente, su acceso al Senado en el año 2005, representando al estado de Illinois, le permitió ampliar su conocimiento de la política exterior americana. Durante este tiempo, Obama formó parte de la *Senate Committee on Foreign*

Relations, o Comisión de Asuntos Exteriores, participando en las subcomisiones dedicadas a Asia Central y Meridional, Asia Oriental y el Pacífico, África, Ayuda al Desarrollo y Protección Medioambiental, y Europa (Powell, 2015). Además, llevó a cabo una tarea legislativa interesante, destacando tres iniciativas: su impulso de la ley en apoyo de la República del Congo, la ley para ampliar la *Soviet Nuclear Threat Reduction Act*, vigente desde 1991, que ampliaba la destrucción de arsenal nuclear de la antigua Unión Soviética a las armas convencionales, y su iniciativa para la protección de las instalaciones nucleares, además de los arsenales de aquellos países que lo tuvieran, de potenciales ataques terroristas (Powell, 2015). Así, aunque Obama no destacara en sus inicios por sus posturas internacionales, el transcurso de su carrera política inevitablemente le llevó a ser un conocedor notable de todos aquellos asuntos de la política exterior y de seguridad de los Estados Unidos.

La estrategia de Obama en el ámbito exterior está bien resumida en su Estrategia de Seguridad Nacional de 2010, que plasma con detalle la ideología internacional del ex-presidente y su inequívoco desplante al unilateralismo de su predecesor Bush. Con carácter previo, conviene mencionar que este tipo de documentos, presentes en las estrategias de política exterior de los presidentes norteamericanos desde la administración de Ronald Reagan, tienen como objetivo, más allá de su utilidad en la práctica a la hora de atajar amenazas, crisis o conflictos específicos, el de transmitir a la opinión pública nacional e internacional la nueva estrategia o enfoque en el ámbito, tanto de la seguridad, como de la política exterior del país. El objetivo de esta Estrategia de Seguridad Nacional, en concreto, puede enmarcarse en las palabras que Obama mencionó en su discurso tras ser galardonado con el Premio Nobel de la Paz en el año 2010, en las que sostuvo una diplomacia “basada en el concepto de que aquellos que deben liderar el mundo deben hacerlo sobre la base de valores y actitudes que sean compartidos por una mayoría de la población mundial” (Powell, 2015). Obama propugnó una transformación completa, en donde Estados Unidos se presentara al mundo como un líder proactivo, pero no beligerante, protagonizado por la máxima de poder predicar con el ejemplo ante países que necesitaban de un liderazgo norteamericano fuerte y potente. Por ello, uno de los pilares de esta estrategia fue el rechazo frontal ante la Guerra de Irak, distanciándose así de la postura unilateral de Bush, que decidió emplear la fuerza sin la aprobación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Si bien se reconocía que, en ocasiones, el uso de la fuerza devendría inevitable, esta se usaría siempre y en todo caso para fortalecer la legitimidad del país, respetando el derecho y las regulaciones

internacionales, y sin sobreutilizar el poderío militar del ejército, apoyándose también en instrumentos complementarios y teniendo en cuenta la visión de sus socios, lo que en la práctica suponía una mayor colaboración con la ONU, el G-20 y la OTAN. El texto trata de imponer la idea de que Estados Unidos no tiene que elegir entre la defensa de sus propios intereses nacionales, o las actuaciones más allá de sus fronteras, y que a pesar de que ellos quieren mantener y promocionar el orden neoliberal que rige el sistema occidental, basado en la democracia y el respeto a los derechos humanos, nunca impondrían sus valores ni el sistema político o forma de gobierno a otro país. Precisamente, en el marco de esta promoción del orden neoliberal, se ahonda en el reconocimiento de las instituciones y organismos internacionales como forma de trabajar en conjunto para lograr la paz y la estabilidad en el mundo. Aunque también es cierto que desde Washington se desprendió una cierta frustración sobre el funcionamiento en el pasado reciente de algunas de estas instituciones multilaterales, la premisa de trabajar conjuntamente para dar respuesta a las nuevas realidades del siglo XXI y a la incipiente multipolaridad, seguía intacta, y se justificó explicando que “ninguna nación, por poderosa que sea, puede responder por sí sola a los retos globales a los que se enfrenta” (Powell, 2015).

Con carácter previo al análisis de los acontecimientos que ocurrieron y que pueden considerarse como puramente propios en términos de política exterior, conviene mencionar dos asuntos también enmarcados en la política exterior bajo el mandato de Obama, pero de menor calado y presencia en el país, como fueron el cambio climático y los Objetivos de Desarrollo Sostenible. A lo largo de sus dos mandatos como Presidente de los Estados Unidos, también destacó por su compromiso en la lucha contra el cambio climático, y en estrecha relación con ello, por la elaboración de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, aprobados por la ONU en el año 2015, al final de su presidencia, y que ahondaban en la base de todos aquellos logros conseguidos hasta el momento con los Objetivos del Milenio aprobados en el año 2000. Sobre este último punto, Estados Unidos era, en esa época, el mayor donante de ayuda oficial al desarrollo del mundo (y lo sigue siendo) (Focus 2030, 2024), y Obama pretendió, con ese papel protagonista, mitigar, o al menos, minorar, la brecha entre países donantes y receptores de ayuda, y contribuir así a la reducción de la pobreza y la desigualdad en el mundo (White House, 2015). En el campo del cambio climático, el principal hito fue el abanderamiento del Acuerdo de París del año 2015, que culminaba una presidencia en la que se había insistido en que "solamente tenemos un hogar, un planeta, no hay un plan B" (BBC Mundo, 2015), y en la que la reducción de gases de efecto invernadero

que estaban acrecentando el cambio climático se convirtió en la premisa fundamental, principalmente tras la fallida Conferencia de Copenhague del año 2009, en la que Estados Unidos y China, los dos emisores principales mundiales, no consiguieron llegar a un acuerdo oficial. El Acuerdo de París se fraguó en el marco de la Convención de las ONU para paliar los efectos del cambio climático, y se acordó reducir el aumento global de la temperatura a 1'5° anuales y, en todo caso, mantenerlo por debajo de los 2 grados de los niveles preindustriales (Jepsen; Lundgren; Monheim; Walker, 2021). Sin embargo, el principal problema de este acuerdo en relación a los Estados Unidos fue que, a pesar de haberlo abanderado, se retiró del mismo por decisión de la administración Trump en el 2017, un año después de su firma oficial en el 2016, para después volver a adherirse tras la llegada a la Casa Blanca del Presidente Joe Biden, en el año 2021, por lo que a efectos prácticos, el compromiso del país contra el cambio climático que comenzó Obama nunca ha llegado a asentarse en la realidad.

La Estrategia de Seguridad Nacional de 2010 diseñó una hoja de ruta muy marcada para la política exterior de la administración Obama, pero como decíamos anteriormente acerca de este tipo de documentos, hay ocasiones en las que en la práctica no todo transcurre como se planifica.

A pesar de que Obama se presentó al mundo como un diplomático dispuesto a acabar con la eterna guerra contra el terrorismo que inició Bush, de una manera mucho más transparente, sutil y, en general, menos sangrienta, sus acciones no distaron mucho de su predecesor en la Casa Blanca. Su política contra el terror se caracterizó por el asesinato, destacando sobre todo algunos hitos como el muy popular asesinato del líder de Al-Qaeda, Osama Bin Laden; por el apoyo militar y por un nuevo factor catalogado como la “vigilancia electrónica”, que suscitó un enorme escándalo tras las acciones de Snowden que destaparon el programa de vigilancia electrónica que había estado llevando a cabo durante años de la Agencia Nacional de Seguridad, lo que le llevó a reaccionar y prometer una mayor transparencia y control a la vigilancia electrónica por parte del Gobierno de EE.UU (Bassett, 2013). En la práctica, la Administración Obama fue capaz de mermar la presencia del grupo Al-Qaeda en el país, cortando la proliferación de atentados terroristas en suelo americano de gran calado como el 11-S. Eso sí, durante su mandato, a pesar del logro de mermar Al-Qaeda, se produjo el ascenso del ISIS, el grupo terrorista del Estado Islámico, debido principalmente a la obsesión que tuvo el ex-presidente de retirar las tropas americanas de la Guerra de Irak,

cuestión que será objeto de análisis más adelante. Otro punto a destacar de la guerra contra el terrorismo bajo el mandato de Obama fue, sin duda, Afganistán. Estados Unidos llegó a estar presente con hasta 100.000 militares en suelo afgano, lo que fue una de las cuestiones más controvertidas en la política americana. Es por ello, que Obama desde su primer mandato en la Casa Blanca, prometió la retirada de las tropas americanas para lograr la progresiva salida de Estados Unidos del conflicto. No obstante, esta promesa no se cumplió en su primera administración, lo que le obligó a mantenerla durante su segundo mandato, en el cual sí se cumplió, poniendo fin a la misión militar en Afganistán en el diciembre de 2014, permaneciendo únicamente con unas 10.000 tropas para labores de adiestramiento y lucha contra el terrorismo a los soldados afganos (Powell, 2015). Este abandono del conflicto fue criticado por algunas voces por su anuncio con tanta antelación y por los plazos y fechas que venían marcados, en la línea de un movimiento que, más que atender a la viabilidad y supervivencia de un Estado seminuevo tras la guerra como era el de Afganistán, respondía más bien a la estrategia política y electoral del ex-presidente (O'Toole, 2015).

Pasando a analizar Oriente Medio, la zona que venía teniendo el monopolio de la atención de la presidencia norteamericana en la última década, Obama mantuvo un enfoque mucho más conciliador, tratando de calmar las tensas relaciones en la medida de lo posible. En el caso de Irán, Obama heredó una relación en un estado límite, en base a la proliferación de armas nucleares que el país árabe estaba llevando a cabo, lo que llevó al ex-presidente a imponer sanciones económicas para frenar esa proliferación, a pesar de que intentó potenciar una retórica más conciliadora basada en el multilateralismo, con negociaciones en las que estuvieran presentes las principales potencias internacionales. Esta retórica culminó con el Acuerdo de Viena de 2015, firmado entre Irán y Estados Unidos, Francia, Alemania, Gran Bretaña, Rusia y China, que supuso que Irán aceptara limitar su enriquecimiento de uranio, bajo la vigilancia de los inspectores de la ONU, a cambio del levantamiento progresivo de las sanciones económicas (García, 2022). Esta solución tranquilizó a la comunidad internacional, ya que se conseguía frenar que dicho enriquecimiento no se concibiera con fines nucleares y militares, aunque, no obstante, el ex-presidente Donald Trump, decidió retirar a Estados Unidos del acuerdo casi tres años después, en el 2018, lo que supuso que Irán empezara a romper los términos acordados en los años posteriores (García, 2022). Así, el compromiso iraní de realizar un “uso exclusivamente pacífico” de la energía nuclear y no desarrollar ni adquirir armas nucleares “bajo ninguna circunstancia” quedó en vano, lo que supuso que Estados Unidos volviera a la situación inicial con la que se topó el ex-presidente Obama al

inicio de su mandato, lo que demuestra, una vez más, aquello de que a veces no todo transcurre como se planifica.

Continuando en Oriente Medio, Irak se mantuvo como un punto central de conflicto en el marco de la Administración Obama. Y en este caso, la controversia no vino por la proliferación nuclear, ya que Irak no lleva a cabo este tipo de actividades, o al menos había cesado en ello, a pesar de que la supuesta posesión de armas de destrucción masiva del régimen de Saddam Hussein fue una de las razones que provocaron la declaración y el comienzo de la guerra, por parte del ex-presidente Bush y su poderoso ex-vicepresidente Dick Cheney a Irak, en el año 2003 (Ocaña; Hernández, 2023). La clave de este relato nuclear que justificó la invasión de Irak tuvo su punto culmen en la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU de 5 de febrero de 2003, en la que el entonces Secretario de Estado, Colin Powell, alertó del riesgo de esta proliferación nuclear por parte del régimen iraquí, en lo que definió como un argumento falso, que se demostró posteriormente con los informes de inteligencia de Estados Unidos, en los que se recogía que, desde 1991, Irak había cesado en su producción y destruido los arsenales militares, coincidiendo con la imposición de sanciones derivadas de la Guerra del Golfo (Ocaña; Hernández, 2023). El enfoque conciliador de Obama también tuvo su extremo en Irak, ya que desde su llegada a la Casa Blanca Obama mantuvo su promesa de la campaña presidencial de 2008 de retirar las tropas estadounidenses de suelo iraquí. El *modus operandi* fue similar al empleado en el conflicto con Afganistán: en agosto de 2010 se retiraron el grueso de las tropas, dejando entre 30.000 y 35.000 efectivos realizando labores de adiestramiento anti-terrorista, hasta que se produjo la retirada total en el diciembre del año 2011 (Powell, 2015). No obstante, esta retirada no transcurrió, de nuevo, como se planeaba ya que el auge del grupo terrorista del Estado Islámico (ISIS) supuso la implicación, otra vez, de Estados Unidos en Irak. La administración Obama tuvo un papel importante en la llegada al Gobierno en 2014 del chiíta Haider-Al Abadi, relativamente popular también entre los suníes y kurdos, lo que ayudó a que el estado no se desmoronara definitivamente y mantuviera su estructura, aunque fuera bajo mínimos. Así, la administración Obama envió en torno a 3.500 asesores militares norteamericanos para diseñar una estrategia de contención ante el ISIS, lo que despertó una serie de críticas al legado de Obama en Irak, después de que prometiera dejarlo en manos del nuevo gobierno aupado por la administración Obama, precisamente para volver a evitar una mayor implicación. Sin embargo, la victoria del ejército iraquí en la ciudad de Ramadi ante el ejército del ISIS, en diciembre de 2015, produjo su expulsión del territorio y ayudó a

justificar la decisión de la Casa Blanca de apostar por la determinación del nuevo gobierno de Bagdad (Wright; Toosi, 2015).

También en Oriente Medio, Obama tuvo tres nuevos frentes. El más destacado fue el de Siria, debido a la sanguinaria guerra civil, que hoy en día continúa, y que se ha cobrado la vida de más de 350.000 sirios, además de los millones de refugiados que tuvieron que desplazarse, tanto a otras zonas dentro del país, como fuera del mismo. El régimen de Bashar al-Asad, ayudado por Rusia y China, ahora controla la mayoría del territorio y es probable que siga haciéndolo después de que Siria fuera readmitido, en mayo de 2023, como miembro de la Liga Árabe (Loft; Sturge; Kirk-Wade, 2023). En un primer momento, Estados Unidos no quiso actuar, principalmente porque no era sencillo identificar aquellos grupos más moderados que lideraban las movilizaciones populares contra al-Assad. Sin embargo, a medida que fue escalando el conflicto, Obama instó al dictador que entregara el poder, pero no fue hasta que, primero, Siria empezó a atacar con armas químicas a sus adversarios a las afueras de Damasco, en agosto de 2012, y segundo, se produjo el asesinato de un periodista americano, en enero de 2013, cuando Obama decidió iniciar ataques aéreos (Powell, 2015). Más allá de que estos ataques no tuvieran demasiada eficacia, la enseñanza de Siria en relación a la actuación de Obama en la política exterior norteamericana es la de querer plantear una multilateralidad, una diplomacia y un diálogo como la fórmula para contener las tensiones, y en la práctica, por razones de peso -todo sea dicho-, tener que llevar a cabo el uso de la fuerza y contradecir, así, su planteamiento. Otro frente fue el de Libia, país que, en un principio, no suponía ningún tipo de problema a Estados Unidos, pues el régimen de Gaddafi ya había entregado sus armas químicas y mermado su apoyo a las facciones terroristas. Así, Obama adoptó un perfil intencionadamente más bajo *-leading from behind-* con el objetivo de que Estados Unidos no fuera el único encargado en ayudar en la región, sino que hubiera un reparto de responsabilidades más equitativo entre sus colegas europeos de la OTAN, además de así asegurarse un descenso de muertes de sus compatriotas del ejército americano (Lizza, 2011). No obstante, el miedo a que miles de civiles fueran víctimas de los sangrientos bombardeos de Gadafi, hizo que Obama interviniera, de manera bien intencionada, para intentar amortiguar el número de bajas, a pesar de que después relegara de nuevo el papel de Estados Unidos en el conflicto a un segundo plano, y su eventual práctica desatención, lo que a la larga ha supuesto que Libia, en la actualidad, sea un estado fallido, en el que ISIS tiene una gran presencia. El último frente fue el de Egipto, ya que durante la Administración Obama se produjo el golpe de Estado de julio de 2013 por parte del general Abdel Fattah

al-Sisi, que se tradujo en la abrupta terminación del mandato del presidente Mohammed Morsi, que había accedido a través de unas elecciones democráticas al poder después de haber logrado el derrocamiento del régimen Hosni Mubarak en febrero de 2011. En un primer momento Obama condenó el golpe de Estado, y se mostró preocupado por la decisión de apartar al presidente Morsi mediando además la suspensión de la Constitución (BBC, 2013). Esto tenía su implicación en términos económicos, ya que la legislación presupuestaria americana determina el cierre de los flujos de ayuda económica, financiera y militar en todos aquellos países en los que su líder haya sido elegido democráticamente a través de elecciones, sea depuesto a través de un golpe de Estado militar, lo que supuso que Obama ordenara la revisión de la ayuda económica que Estados Unidos estaba proporcionando, en aquella época, al país de Oriente Medio (La Tercera, 2013). A pesar de que si que se llegó a congelar la ayuda, dos años después se acordó la reanudación de la misma, con el objetivo de que fuera destinada al combatir el terrorismo yihadista en la región. Obama mostró así una ambigüedad que denotaba que, aunque de cara al público estaba obligado a condenar el golpe de Estado como forma no democrática de acceder al poder, no le desagradaba tanto el acceso al poder del general al-Sisi, ya que la marcha de Mubarak, que siempre mostró un ferviente apoyo a Israel y que incluso en su muerte Netanyahu le consideró como un “amigo personal” (AJN, 2020), había supuesto un gran varapalo a la estabilidad de las relaciones entre ambos Estados, sobre todo porque su inmediato sucesor, Morsi, no era bien recibido en Washington, por su fundamentalismo islámico que rechazaba a Israel y se aliaba con enemigos de la administración americana. Así, esa ambigüedad se tradujo en un eventual apoyo al gobierno de al-Sisi, que trataba como país aliado a Israel y tenía una ideología menos radical, y se volvía a una situación amigable como sucedía con Mubarak, aunque con diferencias.

Por último, las relaciones transatlánticas de Estados Unidos tanto con Rusia, como con los países de la Unión Europea (UE) fueron más decepcionantes de lo que se esperaba. Por un lado, en el plano ruso, Obama intentó mejorar las relaciones con Moscú que había heredado del presidente Bush, principalmente por la fuerte oposición de este último a la invasión de Vladimir Putin en Georgia y la declaración de independencia de Kosovo, además el dilema del escudo misiles norteamericano en Europa Oriental. La presidencia de Dmitri Medvedev durante el primer mandato Obama (2008-2012) fue fructífera en la misión de mejorar las relaciones y apaciguar la tensión, siendo Obama capaz de firmar con Rusia en marzo de 2010 un tratado de reducción de arsenales nucleares en dos tercios (denominado “START III”), a cambio del apoyo de Estados Unidos al ingreso de Rusia en la Organización Mundial del

Comercio (Powell, 2015). La vuelta de Putin al poder en Rusia en las elecciones de marzo de 2012 acabaría con esta sensación de mejoría en la relaciones entre ambas potencias, ya que Obama, que había desarrollado unas buenas relaciones personales con Medvedev, no supo valorar correctamente las intenciones de Putin con su vuelta, además de que este último consideraba que esta nueva etapa de buenas relaciones era un síntoma de debilidad del gobierno norteamericano, lo que aprovechó para aumentar la beligerancia y la oposición del Kremlin a estas políticas de pacifismo en defensa de los intereses y la influencia rusa, principalmente enfocados en las antiguas repúblicas soviéticas (Shuster, 2014). El punto álgido de esta confrontación se produjo con la anexión de Crimea y la ocupación del Donbás por parte de las fuerzas prorrusas ante el ejército ucraniano, una agresión rusa que obtuvo una rápida respuesta, un tanto escueta en el plano militar con el envío de tanques a la región, pero considerable en el terreno político con la expulsión de Rusia del G-8 y la imposición de sanciones a numerosos líderes del régimen de Putin. En un principio, esta agresión no mereció por parte de Obama el envío de armas a Kiev, algo que en el momento se consideraba que sólo supondría una escalada del conflicto, pero que el tiempo ha demostrado que fue una interpretación errónea de las intenciones de Putin, ya que más adelante se produjo la invasión de Rusia a Ucrania, iniciada en febrero de 2022, y que continúa a día de hoy. Por otro lado, en el plano europeo, Obama se había presentado como un presidente dispuesto a entender la soberanía de sus aliados europeos para definir sus políticas de seguridad y su programa de influencia en el ámbito internacional, que se complementara con los objetivos de Estados Unidos en la materia. Además, Obama siempre ha puesto en valor la contribución que la Unión Europea ha hecho al fortalecimiento del orden internacional liberal, basado en el respeto a los derechos humanos, el derecho internacional y humanitario y la propugnación de los valores democráticos que son la base y los cimientos del Estado de Derecho. No obstante, en la práctica, la relación de Obama con los 27 y en general con el continente europeo le sobrepasaba, al igual que sus predecesores en la Casa Blanca, por el hecho de que fueran tantas instituciones supraestatales a las que prestar atención, con reuniones con los presidentes del Consejo de la UE y de la Comisión Europea, además de los numerosos encuentros que tenía que llevar a cabo con los distintos Jefes de Estado, tanto de mayor como de menor calado en función de los países a los que representaran. Tanto es así que Obama se limitó a preponderar las relaciones con sus tres socios principales del viejo continente, Alemania Francia y Reino Unido (en aquel momento parte de la Unión Europea) para acordar el rumbo político y de seguridad de la región, algo que en Europa se veía con cierto malestar porque no se encajaba con su teórica postura de adaptación a la política

exterior y de seguridad conjunta que se elaboraba con la participación de cada uno de los países de la UE, sino que únicamente se ceñía a lo que dijeran sus socios principales. Asimismo, en el plano de las relaciones transatlánticas, la cuestión por antonomasia en la política estadounidense era y es la de la contribución de los aliados a la Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN), o NATO por sus siglas en inglés. En la época de Obama, la discusión aún se encontraba en el principio del planteamiento de que las potencias de la OTAN subieran su gasto en defensa en relación al Producto Interior Bruto (PIB) al 2%, algo que a mediados de 2015 solo cumplían además de, por supuesto, Estados Unidos, los países de Reino Unido, Polonia, Grecia y Estonia, y que había sido objeto de una notable resistencia por una gran parte de los demás aliados. Actualmente, Estados Unidos aporta más de dos terceras partes del presupuesto de la organización, el equivalente al 3,5% de su PIB, aunque han habido mejoras de la situación, principalmente tras el inicio de la agresión rusa de Ucrania en 2022, con un salto del 1,93% del gasto medio en defensa desde entonces, y previsiones, como la de febrero de 2024 en la que, según el ex-secretario general de la OTAN Jens Stoltenberg, a lo largo del 2024, 18 países de los 31 aliados superarían el umbral del 2% de su PIB de forma efectiva, algo que como se ha podido comprobar se ha ido ralentizando de forma considerable en estos casi 10 desde su planteamiento en el año 2015 (Merino, 2024),

2.2. Donald Trump

Donald J. (John) Trump, más conocido como Donald Trump, se convirtió en el cuadragésimo quinto -45º- presidente electo de los Estados Unidos de América, tras su victoria ante Hillary Clinton en las elecciones presidenciales del año 2016, y su posterior toma de posesión como presidente el día 20 de enero del año 2017. Desde el mismo día en el que se proclamaba ganador de las elecciones, las predicciones sobre el impacto que una figura como Trump podía tener en la política exterior norteamericana fueron muchas y muy notorias. Esto se debía principalmente a la figura política que encarnaba, y que encarna, Trump, ya que no era, ni es, un político al uso que se adecúe al prototipo de político del *establishment* americano, tanto del partido demócrata, como sobre todo del partido republicano, que es el partido al que pertenece y con el que ganó las elecciones del 2016 y del 2024. Su temperamento y espontaneidad en la toma de decisiones son dos cualidades que los americanos han asumido de alguna forma para haberle concedido la victoria -nada menos que- en dos contiendas electorales pero, sin embargo, desde el punto de vista teórico, conviene afirmar que, a pesar de que los americanos han apoyado sus decisiones, quizá no es

la forma o *approach* más adecuado para llevar a cabo la política exterior de un país, que es lo que en el presente estudio viene a analizarse. La etapa de Obama, como se ha podido comprobar, fue una etapa convulsa, principalmente porque heredó conflictos, que más allá de solucionarse se mantuvieron durante sus dos mandatos, como Afganistán e Irak, a pesar de reducir su presencia militar en ellos, e involucró a Estados Unidos en nuevas acciones militares tales como en Siria, Libia o Egipto. Obama llegó al final de su segunda presidencia como el presidente que más tiempo ha estado en guerra durante su mandato, los ocho años completos, ya que solo antes había estado cerca George W. Bush, pero no completó todos los días de su presidencia en guerra (Lander, 2016). Esto chocó frontalmente con su política de diplomacia y multilateralismo con la que se había predicado, y que también predicó Hilary Clinton, rival de Trump en las elecciones de 2016, durante su mandato como Secretaria de Estado -Ministra de Asuntos Exteriores en términos políticos españoles- desde el año 2009 al 2013, en el marco de la presidencia de Obama.

Ante esta situación, Trump se presentó como un realista que se apartaba de la experiencia y *status quo* que propugnaba su rival, fomentando la protección total de los intereses americanos en el plano de la seguridad, político y económico, ya sea través de la construcción de muros, la retirada de Estados Unidos de acuerdos climáticos, o la imposición de aranceles o *tariffs*, que indudablemente conforman una política exterior particular, que es aislacionista a la par que también impredecible, en línea con el marcado populismo que caracterizó, y que caracteriza a Donald Trump. Estas posturas las fue adquiriendo a lo largo de su campaña electoral, en sus numerosos mítines o *rallys* porque, a diferencia de Obama, que sí que tuvo una participación directa y orgánica en la política estadounidense, y en concreto en la política exterior a través de su cargo como Senador, y siendo miembro de comités y comisiones, Trump no la tuvo -excepto por aquella vez en la que se enfrentó al candidato del *Reform Party* con el objetivo de liderar dicho partido en las elecciones presidenciales del año 2000 para poco tiempo después retirar su candidatura-, de tal forma que poco o nada se sabía de sus posturas hasta antes del inicio de la campaña presidencial para las elecciones del 2016. Así, en el marco de la campaña, el discurso más interesante y completo para el ámbito internacional fue el que pronunció en el *Center for the National Interest*, en abril de 2016, que puede resumirse en que el *America First*, es decir, las políticas de protección total de los intereses americanos, serían la piedra angular que guiarían la actuación de los Estados Unidos en el plano internacional, y que ayudarían a luchar contra las cinco grandes debilidades de la política exterior estadounidense: hay una sobreexplotación de

los recursos económicos americanos; los países aliados no contribuyen con su *fair share* o proporción justa; América no tiene una estrategia clara en política exterior; los rivales no respetan a los Estados Unidos y los países empiezan a mirar a otros socios para sus alianzas (Trump, 2016).

Las citadas debilidades fueron las que marcaron, en gran medida, el diseño de la Estrategia de Seguridad Nacional de Donald Trump, que a finales de 2017 fue aprobada, casi en tiempo récord, por la Administración del 45º presidente de los Estados Unidos, sustituyendo a la precedente del Presidente Obama. Como no podía ser de otra manera, esta Estrategia de Seguridad Nacional se enmarca en el contexto de las políticas de *America First* de Trump, lo que supone el cuestionamiento implícito de pilares como las alianzas con los aliados europeos, el orden liberal internacional, las organizaciones internacionales como la ONU o la OTAN, además de apartarse del *modus operandi* tradicional en las relaciones internacionales americanas, haciendo caso omiso a los informes de inteligencia y dejando de lado el valor de la experiencia a la hora de actuar en este área (García Encina, 2020). No obstante, esta estrategia también recoge, a su vez, las ideas clásicas de la política exterior estadounidense, que son los 4 pilares en los que se basa el documento para que Estados Unidos pueda seguir liderando el mundo desde el punto de vista político, económico, militar y tecnológico: el primero, el proteger la patria y el estilo de vida americano, con puntos importantes como la seguridad en los *borders* o fronteras, o la defensa y protección, no solo frente a los ataques militares, sino también frente a los ataques tecnológicos o cibernéticos; el segundo, el promover la prosperidad americana, poniendo en relieve el papel central de la economía, y el dominio en investigación, desarrollo tecnológico y la propiedad intelectual frente a sus competidores; el tercero, el *peace through strength* o lograr la paz a través de la fuerza, que une la capacidad defensa del país a una mayor inversión militar, en lo que es un claro guiño realista a la idea conservadora del histórico papel que deben seguir los EEUU en el ámbito internacional; y el cuarto, el avance de la influencia americana en el mundo, centrado en nuevas estrategias para fomentar el desarrollo en zonas de influencia que puedan suponer en un futuro la consecución de nuevos socios políticos y aliados comerciales (Benedicto, 2018). La estructura de la estrategia, por tanto, pivota alrededor de estos cuatro pilares, a la vez que analiza las grandes amenazas a los que se enfrenta EEUU: China y Rusia, con mención también a Corea del Norte e Irán. En suma, se produce una especie de contradicción en el documento, ya que tal y como se ha podido comprobar se recogen, por un lado, ideas clásicas del ámbito internacional comunes en la tradición política norteamericana,

y que puede predecirse que pudieran haber sido incluidas por aquellos asesores y estrategias más técnicos de la Secretaría de Estado, y por otro lado, la redacción se enmarca en el populismo propio de un líder como Trump, dando como resultado una estrategia que ya desde su base parece difícil de cumplir, contradiciéndose entre el *peace through strength* que describe el documento, y el *America First* que propugna el presidente, sin un arraigo claro por el papel de la comunidad internacional ni los valores comunes.

Siguiendo la estructura de Obama, Donald Trump, en el plano del cambio climático, fue y es una figura controvertida, ya que lo ha considerado como un engaño para perjudicar a las industrias estadounidenses: “*climate change is a HOAX!*”. Como se ha expuesto anteriormente, su principal logro en este ámbito durante su presidencia fue el de retirar a Estados Unidos de Acuerdo de París en junio año 2017, un poco más de un año después de su firma oficial de abril de 2016 y coincidiendo así con sus primeros meses tras su llegada a la Casa Blanca, decisión que tuvo un impacto importante en la comunidad internacional. En los meses previos a las elecciones, Trump se había mostrado muy reacio al Acuerdo de París, ya que consideraba que se imponía una masiva carga económica financiera en el país, además de que suponía una redistribución de la riqueza americana hacia otros países, Por todo ello, con la retirada del Acuerdo se protegía a las industrias de carbón, petróleo y manufacturas de los Estados Unidos, además de que supondría un alivio para las clases trabajadores del país, manteniendo y generando nuevos empleos, ya que como dijo en su anuncio “no queremos que otros países se rían de nosotros. No lo harán. Fui elegido para representar a los ciudadanos de Pittsburg, no de París” y que “es hora de poner Youngstown, Ohio, Detroit, Michigan, Pittsburgh, Pennsylvania antes de París” (BBC Mundo). Donald Trump cumplía así con su promesa electoral, siendo el único país de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, junto con Nicaragua y Siria, que no respaldaban el tratado ambiental. Así, como se irá comprobando, Trump conectó inteligentemente con sus compatriotas, llevando a cabo decisiones que revestían de un cierto sentido común para la protección del grueso de trabajadores de su país.

Con carácter previsor al análisis de sus actuaciones puramente propias en la política exterior de EEUU durante su mandato, conviene recordar aquello de que Trump, a pesar de ser un “verso suelto” en la política exterior al guiarse por sus instintos y primando las relaciones personales con los líderes de las potencias para un mejor o peor trato, no deja de estar enmarcado en uno de las cuatro escuelas clásicas de la política exterior americana: los

hamiltonians, que son aquellos discípulos de Alexander Hamilton (uno de los padres fundadores de los Estados Unidos) que piensan que América tiene un deber de asegurar su posición a través del comercio internacional y que debe participar en el juego de las grandes potencias para asegurar su liderazgo en el escenario global; los *jeffersonians*, discípulos de Thomas Jefferson (tercer presidente de la historia de los EEUU) que orientan su actuación en la política exterior al fortalecimiento y a la preservación de la democracia dentro de las fronteras del país; los *wilsonians*, discípulos de Woodrow Wilson, que conciben a Estados Unidos como el faro de la libertad que debe de hacer del mundo un lugar más seguro a través del fomento de las ideas de democracia y la exportación de los valores americanos; y por último, los *jacksonians*, discípulos de Andrew Jackson (7º presidente del país y del partido demócrata) que considera que Estados Unidos no debe intervenir en los problemas del mundo, salvo situaciones excepcionales en las que sea necesario el uso de la violencia (Mead, 2002). Estos últimos apuestan por el nativismo -haber nacido americano-, por el proteccionismo y el aislacionismo (Mead, 2002). Donald Trump fue el primer presidente jacksoniano en mucho tiempo, ya que la mayoría de los presidentes anteriores habían sido *hamiltonians* (Biden, Obama o Bush Sr.) o los *wilsonians* (Kennedy, Clinton o Bush Jr.). Por ello, a pesar de que puede parecer un presidente excéntrico por muchas de sus actuaciones, en la política exterior se adhiere con relativa facilidad a una de las cuatro tradiciones de política exterior americanas, siendo así un presidente no tan distinto al resto, lo que se relaciona también con la idea de que su Estrategia de Seguridad Nacional a pesar de enmarcarse y redactarse en su concepción del America First, recoge también esas ideas clásicas de la política exterior estadounidense con los 4 pilares anteriormente mencionados. En suma, aunque el discurso del establishment mediático y político lo defina como una *rara avis* en la Casa Blanca, la teoría, aunque paradójico, ha acabado por concluir que Trump no es un presidente fuera de lo común en la política exterior americana.

Así, Trump no fue alguien que durante su mandato iniciara guerras o involucrara a Estados Unidos en conflictos adicionales, sino que continuó en aquellos que había heredado, a diferencia de Barack Obama que como se ha podido comprobar, tuvo numerosos frentes no solo heredados, sino también nuevos durante sus dos mandatos. Oriente Medio fue un área importante para Trump, lo que demuestra que entre sus destinos dentro de su primer viaje oficial más allá de los Estados Unidos fuera Arabia Saudí, reuniéndose en Riad con líderes de más de 50 países árabes y musulmanes para crear un frente conjunto con el mundo árabe para luchar contra el terrorismo. El aspecto más relevante de su presidencia en Oriente Medio fue

el retiro de Estados Unidos del Acuerdo nuclear de Irán, que fue firmado en Viena en el año 2015 y por el cual Irán se comprometió a limitar su enriquecimiento de uranio, manteniéndolo a un nivel que no permitiera fabricar una bomba nuclear, a cambio del levantamiento de las sanciones económicas. Trump consideró que el Acuerdo no frenó suficientemente el programa nuclear civil del país, ni su agresividad dentro de la región. En consecuencia, restableció los dos conjuntos de sanciones a Irán y que abarcaron desde la importación de aviones, hasta la exportación de petróleo y productos derivados. Otro punto caliente de la región es Israel, aliado incondicional de EEUU, y al que Trump mostró un apoyo incluso superior al de Obama. Después del reconocimiento de Jerusalén como la capital de Israel en diciembre de 2017, Trump decidió mover la Embajada de los Estados Unidos en Israel a dicha ciudad en mayo de 2018, como consecuencia de su reconocimiento previo como capital. Con este movimiento Trump dejaba clara la posición del país estadounidense en el marco del conflicto con Palestina, rompiendo con la relativa neutralidad con la que desde Washington se ha tratado históricamente de tratar el conflicto y poniendo en una situación de incertidumbre el proceso de paz entre ambos bandos. Sobre este proceso de paz también se pronunció en enero de 2020, cuando Benjamin Netanyahu y Trump, en una declaración conjunta, anunciaron un nuevo plan de paz para la región, que claramente favorecía los intereses israelíes al concederle generosas porciones de Cisjordania y Jerusalén, en línea con esta posición de favor que mantenía el ex-presidente, aunque esta plan no prosperó. El último hito con Israel fueron los Acuerdos de Abraham entre Emiratos Árabes Unidos e Israel, con los que Trump trataba de normalizar las relaciones, no solo con los países del mundo árabe, sino del mundo musulmán en general, como se vió también con la inclusión en los Acuerdos de los acercamiento de Marruecos y Sudán con Israel, a cambio del reconocimiento del Sáhara Occidental, y de ayuda financiera, respectivamente. Todos estos acercamientos con Israel enfadaron a Irán, principal valedor del Islam más radical en la región. Trump elevó la tensión, con episodios como el asesinato en enero de 2020 de Qasem Soleimani, comandante de la fuerza Quds del ejército iraní, que justificó con el objetivo de frenar una guerra, pero no hizo más que escalar la tensión entre ambos países. Un episodio remarcable fue el asesinato de Abu Bakr al-Baghdadi, el autoproclamado líder del ISIS desde 2014, en el marco de la lucha contra el terrorismo que Estados Unidos llevaba en Oriente Medio. Otros aspectos a destacar de su actividad en la región fueron la retirada de tropas del norte de Siria, o el anuncio de la retirada de la práctica totalidad de las tropas de Afganistán, algo que no se consumó durante su presidencia, sino bajo la administración Biden.

En el plano de Rusia, la relación personal entre ambos presidentes, de la que recurrentemente alardea Trump hizo pensar que habría una mejora de las relaciones entre ambos estados, pero nada más lejos de la realidad, ya que, a pesar de que ambos países pactaron la renovación hasta 2026 del programa *New Start* para el control de las armas nucleares, las relaciones entre Rusia y EEUU al término de la presidencia Trump pasaban por su peor momento desde la Guerra Fría (Milosevich, 2021). El balance de su presidencia es ligeramente negativo hacia Estados Unidos, ya que Putin pudo aprovecharse de la sensación que tenía Trump de tener una buena relación personal, en el sentido de que Trump llegó incluso a cuestionar las informaciones de interferencia rusa en las elecciones de 2016, tras su reunión de julio de 2018 en Helsinki, por lo que en global pudo tener un efecto negativo en la credibilidad de EEUU no solo hacia sus adversarios, sino también hacia sus aliados (Milosevich, 2016). Además, la tensión en el terreno de la proliferación nuclear, el desarrollo militar y la influencia en Oriente Medio, Asia-Pacífico o África como nuevas zonas de interés solo ha hecho que seguir alimentando la dicotomía de los dos tipos de visiones del mundo que propugnan: Estados Unidos, como el encargado de liderar el mundo occidental mediante la difusión de la democracia y la libertad; Rusia, como el paradigma de la soberanía nacional, defendiendo un contexto global de valores diversos. A pesar de todo ello, la figura de *strongman* que encarna Trump y de la que Estados Unidos había estado privada de ella durante la época Obama, pudo ser una de las razones que contuvieron a Putin a no lanzar su ofensiva en Ucrania, que llevó a cabo con la llegada de Biden.

Por último, tres aspectos que también merecen ser destacados de la presidencia Trump en política exterior fueron el acercamiento con Corea del Norte, histórico enemigo de uno sus principales aliados en Asia como es Corea del Sur, a través de un primer meeting que tuvo lugar en junio de 2018, en el que sentaron las bases para la futura desmilitarización de la península de Corea, algo absolutamente improbable debido a la idiosincrasia del país norteamericano que utiliza su desarrollo nuclear como forma de defensa. Y, segundo, la archiconocida instantánea cruzando juntos la frontera de Corea del Norte, en junio de 2019, siendo el primer presidente de la historia de los Estados Unidos en hacerlo, lo que ahonda de nuevo en su figura de *strongman*, en un mundo repleto de ellos, en el que parece que Trump se hace respetar lo suficiente como para reunirse con ellos. El segundo frente reseñable fue el borde en el sur de Estados Unidos con México, que fue una de las banderas de Trump en su campaña presidencial, en la que prometió construir un muro que recorriera toda la frontera entre ambos países para contener la inmigración ilegal, aunque en realidad se refería a la

mitad de la frontera, la naturaleza ejerce de muro en el resto de la frontera. El muro llegó hasta los 800 km aproximadamente, de los 1500 que representan la mitad de la frontera, hasta que Biden retiró la orden ejecutiva que destinaba fondos federales para evitar que continuara la construcción (BBC, 2021). Fue un punto controvertido de la presidencia Trump porque el Congreso en un principio se negó a aceptar que dichos fondos fueran destinados a la construcción del muro, lo que supuso que Trump declarara una emergencia nacional para permitirle adquirir financiación de otras fuentes, como la militar. Además, la cuestión del muro supuso un constante ataque de la oposición con continuas acusaciones de racismo y xenofobia por no acoger inmigrantes, a los que Trump respondía con el envío de más agentes a la frontera para endurecer la política de seguridad. El tercer y último frente fue el de la pandemia de la COVID-19, que estalló en marzo de 2020, en el último año completo de la presidencia, lo que generó un impacto económico en el país que deshizo el buen desempeño que había experimentado el país bajo su administración. En el plano de la política exterior, Trump culpó a China de la creación y expansión de la pandemia, con el objetivo de lucrarse económicamente mediante la venta de mascarillas y material para contenerla. Aunque ya era bien sabida su desconfianza y los desplantes hacia las instituciones globales, aún no se había dado ninguna materialización formal, hasta la pandemia, que fue el punto de inflexión para la decisión del ex-presidente de retirar a Estados Unidos de la Organización Mundial de la Salud (OMS; WHO en inglés), primer contribuidor económico a la OMS, por denegar la responsabilidad de China en la expansión de la COVID-19 (Huang, 2020). Además, Estados Unidos llevó a cabo el desarrollo de su vacuna al margen de la iniciativa global de la OMS denominada “COVAX- Facility”. EEUU volvería a la OMS en enero de 2021, cuando Biden firmó su reingreso además del nombramiento como representante de Estados Unidos en la organización del Dr. Anthony Fauci, conocido por los desplantes que Trump le realizó durante el estallido del COVID en su etapa como asesor médico jefe del presidente (Weintraub, 2021).

2.3. Joe Biden

Joseph Robinette Biden Jr., más conocido como Joe Biden, fue el presidente número 46º de la historia de los Estados Unidos de América. La vuelta de un político clásico como lo es Joe Biden propugnaba el retorno del país al sistema occidental tradicional en política exterior, liderado por Estados Unidos.

La Estrategia de Seguridad Nacional de Joe Biden adoptada el 12 de octubre del año 2022 se enmarcó en este contexto de regeneración. A diferencia de la Estrategia de Trump, el documento de la administración Biden se caracterizó por darle importancia, no solo a la competición estratégica y geopolítico con potencias como Rusia y China, sino también por poner en valor algunos retos transaccionales como son el cambio climático, la seguridad alimentaria, o las pandemias, además de la lucha contra el terrorismo o el reto de la no proliferación nuclear (White House, 2022). A pesar de ello, la competición con China aparece como la amenaza militar y económica número 1 para el país, sobre todo después del crecimiento económico continuo desde los años de Obama, el papel dominante que tuvo en la pandemia con la venta de material sanitario el liderazgo en sectores como la tecnología o la movilidad eléctrica, y la influencia al alza en regiones como Asia-Pacífico o África que han convertido a China en la principal potencia por encima de Rusia, al que denominan como un desafío “agudo” pero localizado lo que difiere de la postura de Trump en su estrategia ya que ponía a Rusia y China a nivel similar (Simón; García Encina, 2022). Un punto a destacar del documento de Biden fue que volvió a poner en valor la idea de la democracia frente a la idea de los *strongmen* más propios de las autocracias, compitiendo con el resto del mundo en términos ideológicos-normativos, fomentando el orden multilateral de las relaciones internacionales en vez de la toma de decisiones individuales. Esto enlaza con otro aspecto importante como es la toma en consideración de a las alianzas de EEUU en precisamente esa competición estratégica, en vez de la competición entre grandes potencias que propugnaba Trump, para poner en valor el trabajo conjunto con los aliados en Europa y Asia como forma de mantener el dominio del mundo occidental sobre la competencia, lo que deja entrever muchas similitudes con la visión de Obama del papel de Estados Unidos en el mantenimiento del orden internacional.

En este contexto *hamiltonian* de vuelta a la cooperación y liderazgo internacional que Biden encarnó, supuso su confianza hacia los objetivos comunes junto con sus aliados y, en clave institucional, ordenó el retorno a la Organización Mundial de la Salud y a la UNESCO, además de la vuelta a la participación activa de los EEUU en la ONU, con las convenciones climáticas COP y el programa mundial de vacunas, y en la OTAN, llevando a cabo declaraciones conjuntas como la que se hizo a raíz de la crisis entre Rusia y Ucrania, que ya persistía con carácter previo a la invasión rusa. En clave climática, el principal hito de Biden fue la adhesión de nuevo al Acuerdo de París, un movimiento de calado porque Estados Unidos volvía a liderar la lucha contra el cambio climático, además de llevar a cabo medidas

como el compromiso de reducir las emisiones globales de metano en un tercio para el año 2030. Asimismo, Biden también tuvo, nada más aterrizar en la Casa Blanca, una serie de gestos con la Unión Europea, como el levantamiento de los aranceles de que Trump había impuesto al acero y al aluminio, así como la creación en junio de 2021 de un Consejo de Comercio y Tecnología entre ambas potencias, con el objetivo de lograr un desarrollo conjunto, coordinado y acompasado sobre cuestiones clave del comercio mundial, la economía y la tecnología, y para profundizar en las relaciones comerciales y económicas transatlánticas sobre la base de valores democráticos compartidos (European Commission, 2021). Aunque aparentemente todas estas medidas nobles y con objetivos compartidos parecen destinadas al éxito, la realidad difiere de ello. La vuelta de Estados Unidos con Biden al liderazgo climático se saldó con una reunión del COP 26 nefasta, en la que no se llegó a ningún acuerdo o compromiso relevante, y el liderazgo de Estados Unidos en la fabricación y distribución de vacunas para el resto de países del mundo tras la pandemia de la COVID-19 fue con retraso y con gran lentitud, viéndose superado por la UE. A favor de Biden debe mencionarse, que a pesar querer devolver a Estados Unidos su importancia global, la vuelta a la consecución de los objetivos comunes no fue tan fácil como se esperaba, principalmente por el legado de Trump en materia de compromiso con los acuerdos multilaterales, ya que las decisiones *ad hoc* de retirar a Estados Unidos habían dañado la credibilidad del país, cambiando el incuestionado *status quo* y preponderancia americanos en las instituciones y organismos internacionales, lo que supuso que Biden sufriera para tratar de proyectar hacia el resto del mundo un compromiso americano creíble.

En el primer año de mandato de la administración Biden, se produjeron dos acontecimientos relevantes en política exterior que fueron la evacuación de Afganistán y la creación de AUKUS. El primero de ellos, la evacuación del país asiático, en agosto de 2021, fue un absoluto desastre, no solo por la sensación de descontrol y desorden que se palpaba en la retirada americana, sino también porque provocó el rápido ascenso de los Talibanes al poder una vez no había tropas, causando la muerte de cientos de civiles en el marco de todo este proceso. La actuación americana en su retirada de Afganistán se enmarcó, por tanto, en esa creciente narrativa de desconfianza hacia los Estados Unidos en el escenario internacional, y que Biden supuestamente venía a arreglar. La escasa comunicación de EEUU de sus planes de retirada a los aliados, más allá de la notificación de su decisión unilateral, provocó su malestar, y reforzó aún más la idea de autonomía estratégica mientras se plasmaba en los medios y por la elite intelectual en política exterior de que la retirada había sido un

craso error (García Encina, 2022). No obstante, con el paso del tiempo se ha visto que la decisión estadounidense tenía una importancia estratégica considerable, ya que la presencia de los Talibanes en la región estaba volviendo en vano el esfuerzo estadounidense de continuar allí, por lo que la óptica de la retirada americana, a pesar de los errores tácticos de salida, formaba parte del reajuste en política exterior para el retorno al liderazgo mundial de EEUU (García Encina, 2021). El segundo acontecimiento fue la creación en septiembre de 2021 de la alianza AUKUS, un acuerdo entre Estados Unidos, Reino Unido y Australia, con el objetivo de contener la creciente influencia de China en Asia-Pacífico, a través de la dotación a Australia de submarinos de propulsión nuclear. Esta alianza forma parte, de nuevo, esa vuelta al multilateralismo y compromiso con sus aliados que representa el presidente Biden, al ser un pacto entre democracias como forma de disuadir y lograr un efecto de defensa real ante sus rivales. A simple vista, parece un acuerdo asumible, ya que genera un beneficio mutuo a las tres partes, pero la llegada de la administración Trump puede provocar la ruptura de alianza debido a sus políticas *jacksonians* enmarcadas en su *America First*. Esto se debe a que dicha alianza está valorada en 250.000 millones de dólares americanos y el principal valedor de estos submarinos al país oceánico es Estados Unidos, con un compromiso individual de ceder cinco submarinos de clase Virginia hasta 2030, mientras se ayuda a Australia a construir su propia flota (Maza, 2024). Es evidente que no solo el considerable gasto militar que supone el AUKUS, sino también el potencial riesgo temporal que conlleva la reducción de los submarinos nucleares de Estados Unidos por su cesión a Australia, chocan con las posturas de Trump, lo que supone que esta nueva alianza pueda estar en el aire durante su presidencia.

Al margen de estos dos acontecimientos, el suceso que ha marcado la presidencia Biden es indudablemente la invasión de Ucrania por parte de Rusia en febrero de 2022. Durante gran parte de su mandato, sus acciones en política exterior han ido a ayudar a Ucrania a ejercer su derecho de defenderse de la agresión rusa, combinando ayuda económica y militar que ha alcanzado la astronómica cifra de 175 millones de dólares (Detsch; Mackinnon, 2024). La magnitud de la contienda entre ambas facciones, con Estados Unidos representando Occidente y con ello la salvaguarda de los derechos humanos y la democracia, algo que lógicamente Biden no dudó en liderar desde el mismo primer día de la invasión, frente a la postura autocrática y rebelde liderada por Rusia, y que ya ha contado con el apoyo de países de Irán y Corea del Norte -con la incertidumbre de China-, provocó que Biden haya dejado algo de lado la política nacional, perdiendo apoyos principalmente por la incomprensión del

ciudadano americano medio de continuar financiando una guerra que parece que va destinada a prolongarse. A pesar de que el objetivo del presidente Biden es lícito, y quizá lo más éticamente y moralmente correcto, Trump supo canalizar ese descontento de la sociedad americana para su beneficio electoral, a través de la solución que, por sentido común, era la que tenía que proponerse dado la postura del ciudadano americano medio con la invasión, y es la de que una vez llegara a la Casa Blanca, mediaría en un tratado de paz entre Ucrania y Rusia, con el objetivo de cesar las muertes de civiles y así frenar el suministro de dicha ayuda financiera y militar. En términos políticos, eso sí, un tratado de paz con Trump de presidente puede suponer el reconocimiento de regiones como el Donbás que están en manos rusas para que termine la guerra, algo que con Biden, como se ha demostrado, no sucedería.

Por último, el presidente Biden ha recibido críticas por su continuo apoyo a Israel en medio de sus operaciones militares contra Hamás. A pesar de ello, la trágica pérdida de vidas civiles y la crisis humanitaria que se vive en Gaza, sumado a la falta de un plan integral para abordar el conflicto por parte de Israel ha planteado dudas que Biden ha querido abordar manteniendo un diálogo constante con los dirigentes israelíes (Kupchan, 2024). Eso sí, manteniéndose fiel a su carácter, ha reafirmado siempre el compromiso y la lealtad de Estados Unidos con su viejo aliado, y el principio de que Israel tiene derecho a defenderse, siguiendo la tradición de otros ex-presidentes demócratas como Obama o Clinton.

Bibliografía:

Rupérez, J. (2013). La política Exterior de los Estados Unidos bajo Barack Obama. *Panorama Estratégico 2013*, 39-73.

Powell, C. (2015). La política exterior y de seguridad de Barack Obama: ¿Hacia un nuevo paradigma geopolítico estadounidense? *Real Instituto Elcano*, documento de trabajo n° 20/2015.

Focus 2030. (2024, 11 de abril). *Sensible aumento de la Ayuda Oficial para el Desarrollo en 2023*. Recuperado de: <https://focus2030.org/Sensible-aumento-de-la-Ayuda-Oficial-para-el-Desarrollo-en-2023#:~:text=La%20AOD%20alcanza%20un%20nuevo%20r%C3%A9cord%20en%202023&text=Estados%20Unidos%20sigue%20siendo%20el,Jap%C3%B3n%2C%20Reino%20Unido%20y%20Francia.>

White House. (2015). *Remarks by the President on Sustainable Development Goals*, Washington DC, 27/X/2015.

BBC Mundo. (2015, 4 de agosto). *Cambio climático: Obama y su "ambicioso" plan contra las emisiones de CO2*. Recuperado de: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/08/150803_eeuu_obama_plan_emisiones_carbono_ep

Jepsen H.; Lundgren, M.; Monheim K.; Walker H. (2021). *Negotiating the Paris Agreement: The Insider Stories*. Cambridge University Press, i-ii.

Bassett, M. (2013, 10 de agosto). Las filtraciones de Snowden fuerzan a Obama a revisar la vigilancia electrónica de la NSA. *La Vanguardia*. Recuperado de: <https://www.lavanguardia.com/internacional/20130810/54378470385/filtraciones-snowden-obama-vigilancia.html>

O'Toole, M. (2015, 24 de marzo). Obama Halts Afghanistan Drawdown And His Critics Still Pounce. *Defense One*. Recuperado de:

<https://www.defenseone.com/threats/2015/03/obama-halts-afghanistan-drawdown-critics-pounce/108349/>

García, E. (2022, 4 de agosto). El acuerdo nuclear con Irán, una solución cada vez más lejana. *Euronews*. Recuperado de: <https://es.euronews.com/2022/08/04/el-acuerdo-nuclear-con-iran-una-solucion-cada-vez-mas-lejana>

Ocaña, J.; Hernández, S. (2023, 13 de marzo). Guerra de Irak: cómo Estados Unidos desinformó sobre las armas de destrucción masiva. *Efe verifica*. Recuperado de: <https://verifica.efe.com/guerra-irak-estados-unidos-desinformo-armas-destruccion-masiva/>

Wright, A.; Toosi, N. (2015, 22 de diciembre). Obama war strategy faces key test in Ramadi. *Politico*. Recuperado de: <https://www.politico.com/story/2015/12/obama-war-strategy-faces-key-test-in-battle-for-ramadi-217088>

Loft, P.; Sturge, G.; Kirk-Wade, E. (2023, 1 de septiembre). The Syrian civil war: Timeline and statistics. *House of Commons Library*. Recuperado de: <https://commonslibrary.parliament.uk/research-briefings/cbp-9381/>

Lizza, R. (2011, 26 de abril). Leading from Behind. *The New Yorker*. Recuperado de: <https://www.newyorker.com/news/news-desk/leading-from-behind>

BBC Mundo. (2013, 4 de julio). *EE.UU: Obama expresa preocupación por golpe de Estado en Egipto*. Recuperado de: https://www.bbc.com/mundo/ultimas_noticias/2013/07/130703_ultnot_egipto_obama_morsi_jgc

La Tercera (2013, 7 de julio). *Washington debería suspender ayuda si reconoce que hubo golpe de Estado*. Recuperado de: <https://www.latercera.com/diario-impreso/washington-deberia-suspender-ayuda-si-reconoce-que-hubo-golpe-de-estado/#>

AJN. (2020, 25 de febrero). *La relación histórica del gobierno de Mubarak con Israel*. Recuperado de:

<https://agenciaajn.com/noticia/la-relacion-historica-del-gobierno-de-mubarak-con-israel-136074>

Merino, Á. (2024, 7 de marzo). El gasto en defensa de los países de la OTAN. Recuperado de: <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/gasto-defensa-paises-otan/>

Shuster, S. (2014, 3 de junio). A Failed Russia ‘Reset’ Haunts Obama in Europe. *Time*. Recuperado de: <https://time.com/2819889/obama-russia-europe-poland/>

Trump, D. (2016). Trump on foreign policy. *The National Interest*, 27IV/2016.

García Encina, C. (2020). EEUU 2020: hacia dónde va su política exterior (I). *Real Instituto Elcano*, ARI, nº 118/2020.

Simón, L.; García Encina, C. (2022). La nueva Estrategia de Seguridad Nacional de EEUU. *Real Instituto Elcano*, ARI, nº 69/2022.

Benedicto, M.A. (2018). Trump y su Estrategia de Seguridad Nacional: una «contradictio in terminis». *Instituto de Estudios Estratégicos*, documentos de opinión, nº 09/2018.

BBC Mundo. (2017, 1 de junio). *Donald Trump anuncia que Estados Unidos abandonará el Acuerdo de París sobre cambio climático*. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-40124921>

Mead, W. R. (2002). Special providence: American foreign policy and how it changed the world. *Routledge*, New York.

Milosevich, M. (2021). Rusia y EEUU: ¿una confrontación responsable? *Real Instituto Elcano*, ARI nº 24/2021.

BBC Mundo. (2021, 21 de enero). *Cuánto se construyó del muro de Trump en la frontera con México que Biden mandó parar en el primer día de su mandato*. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-55733573>

Weintraub, K. (2021, 22 de enero). *Biden administration renewed support for World Health Organization is 'good news for America and the world,' scientists say*. USA Today News. Recuperado de: <https://eu.usatoday.com/story/news/health/2021/01/22/scientists-applaud-biden-decision-rejoin-world-health-organization/4243377001/>

Huang, P. (2020). *Trump Sets Date To End WHO Membership Over Its Handling Of Virus*. NPR. Recuperado de: <https://www.npr.org/sections/goatsandsoda/2020/07/07/888186158/trump-sets-date-to-end-who-membership-over-its-handling-of-virus>

White House. (2022). *National Security Strategy*, Washington DC, 12/X/2022.

European Commission. (2021). *EU-US launch Trade and Technology Council to lead values-based global digital transformation*, Brussels, 15/VI/2021.

García Encina, C. (2022). Un año de política exterior de Joe Biden: en busca de un cambio estratégico, con permiso de Rusia. *Real Instituto Elcano*, ARI, nº 8/2022.

García Encina, C. (2021). La retirada de Afganistán y sus implicaciones para la Administración Biden. *Real Instituto Elcano*, ARI, nº 73/2021.

Maza, C. (2024). *La pregunta estratégica de los 250.000 millones de dólares: ¿qué va a pasar con el Aukus?* El Confidencial. Recuperado de: https://www.elconfidencial.com/mundo/2024-12-19/pregunta-estrategica-trump-aukus_4026237/

Simón, L; García Encina, C. (2022). La nueva Estrategia de Seguridad Nacional de EEUU. *Real Instituto Elcano*, ARI, nº 69/2022.

Detsch, J; Mackinnon, A. (2024). *Biden's Ukraine Strategy Is Missing in Action*. Foreign Policy. Recuperado de:
<https://foreignpolicy.com/2024/08/21/biden-ukraine-war-strategy-congress-military-aid/>

Kupchan, C. (2024). Biden's Legacy: Major Accomplishments but Unfinished Business. Council on Foreign Relations. Recuperado de:
<https://www.cfr.org/expert-brief/bidens-legacy-major-accomplishments-unfinished-business>

